

¡ Señor, será tu siervo hasta la muerte !
¡ Patria, lleva mi sangre entre sus venas
Y verterla sabrá por defenderte !

1912

R. ESCOBAR ROA

HONRAR A PADRE Y MADRE

Una numerosa sociedad de parientes y amigos se hallaba al rededor de la mesa del doctor Fuentes, el práctico tan conocido, que casaba su hija Andrea con su colega y amigo, el sabio Pedro Morales.

En medio de las plantas raras, de los tocados de fiesta, y de todo el lujo mundano, el hermoso rostro de la joven desposada estaba radiante de alegría. Se sentía feliz al entrar en la vida, apoyada en el brazo fiel del que había escogido libremente, y de ser la compañera del profesor insigne, cuya ciencia no igualaba, sin embargo, a su exquisita distinción y a la generosidad de sus sentimientos.

No menos radiante estaba el nuevo desposado: su joven esposa poseía a la vez la belleza que encanta, el espíritu que cautiva, la riqueza que hace feliz la vida, y la virtud que añade una auréola de pureza a todos estos brillantes dones.

El porvenir les parecía una visión de paz inalterable, porque eran cristianos sus corazones. Por la mañana habían recibido juntos el pan de vida, y la llama de su corazón se había acrisolado en los santos ardores del amor divino, principio sobrenatural de todo amor digno de este nombre.

Sin embargo, un observador atento hubiera podido percibir en el rostro del nuevo desposado una fugitiva expresión de sufrimiento. No lejos de él, el abogado Salas, su primo, el único representante de su familia en aquella reunión, parecía pensativo también. Andrea observó que hasta su tono, siempre cortés, tomaba por momentos una nota glacial cuando se dirigía a su marido. Era una sombra en

aquel brillante cuadro, por lo que, cuando pudo hacerlo discretamente, tomó aparte al taciturno convidado, y:

—¿Estás enfermo, primo?, le dijo:

—No, Andrea; un poco preocupado, y nada más.

—¿Estás encargado de algún negocio cuyo recuerdo importuno te persigue? Sin embargo, hoy....

—No, al contrario; tengo el espíritu muy libre.

—Vamos, no me contradigas. También Pedro está pensativo. ¿Sabes que podrías inquietarme?

Y la joven miraba ansiosamente a su interlocutor. Este último, muy cohibido, dudaba la respuesta que había de dar. Al fin, animándose, dijo:

—Andrea: ahora que eres mi prima, te diré lo que me aflige, pues sola tú podrás remediarlo. Viéndote tan piadosa y tan buena, me he preguntado por qué Pedro había augurado tan mal de tu corazón, pues en este día en que la bendición de los padres acarrea la felicidad, no ha osado invitar a la boda a su propio padre y a su anciana madre. Si yo hubiera sabido eso, no hubiera venido, no.... y esta mañana, cuando llegué y advertí que soy el único representante de la familia en esta boda, y cuando Pedro me dijo que "sus padres, demasiado disonantes en los salones del doctor Fuentes, recibirían su visita más tarde," poco me ha faltado para decirle: "Eres un cobarde..."

Dispénsame si te ofendo, pero juzga tú de eso. Mis tíos se han matado de fatiga para educar a ese señorito, que ahora se avergüenza de ellos. Le han visto instalarse en la ciudad cuando esperaban verle a su lado: este fue su primer disgusto. Después se han consolado viéndole en el camino de la prosperidad y de la fama. Les hacía frecuentes visitas hasta el día que te ha conocido.... Hoy lloran en su hogar desierto.... y, amándote de todo su corazón, como la mujer de su hijo, se angustian pensando que este casamiento, que les enorgullecía, va a consumir la ruptura.... Tú eres buena, prima: te he visto rezar esta mañana, y no puedo creer que seas la causa de esta incalificable conducta; sólo acuso a Pedro....

—Gracias, primo—interrumpió Andrea algo emocionada.—Te agradezco estas noticias, aunque me hayan causado pesadumbre.... Pero Pedro parece inquietarse por mi ausencia. Tranquilízate: yo arreglaré esto.

Y, tomando de nuevo su aire de fiesta, la joven se mezcló con los grupos de convidados.

Pero un triste pensamiento la inquietaba. ¿Se podía creer inocente? Bien se acordaba de sus primeras entrevistas con el doctor, los paseos dados por los campos vecinos, donde a veces había ridiculizado a los labradores, que encontraba en su camino. Se acordaba que entonces, una arruga en la frente de su prometido le había revelado alguna secreta preocupación. Cuando la había pedido en matrimonio, su padre la había dicho: "El señor Morales es un hombre excelente; me es muy simpático; pero sus padres no son ni ricos, ni nobles; son unos pobres campesinos." Y ella había respondido: "No se casa uno con los padres; este es un detalle que fácilmente podrá pasarse en silencio."

¿Había comprendido toda la crueldad de su conducta cuando, callando todo lo que de cerca o de lejos concernía a la familia de su prometido, le había hecho comprender que su reserva glacial respecto de esto continuaría en lo porvenir? De buena gana consentía, porque le amaba, en tomar su nombre; pero adoptar su familia, era otra cosa. Y le venían a la memoria aquellas palabras de su primo: "En el día en que la bendición de los padres acarrea la felicidad, no ha osado invitar a su boda a su propio padre y a su anciana madre."

¿No podría ser que esta ausencia calculada y fríamente dispuesta atrajera sobre ella y su marido la maldición con que Dios amenaza a los que infringen el cuarto mandamiento? Además que los padres de Pedro eran ya los suyos.... ¡Su propia madre! La joven no la había conocido y, a pesar de eso, un sentimiento de afectuosa piedad entró en su corazón cuando pensó que la que desde entonces podría llamar así, lloraba silenciosamente a un hijo ingrato.

¡Sí; Andrea se reconocía también culpable. Comprendía que el temor de perderla había conducido a su marido a aquel extremo, pero como tenía el alma valiente, se sintió con la fuerza de reparar el daño causado. Moviendo la delicada cabeza como quien ha tomado una grande resolución, se acercó a Pedro, que esperaba ansiosamente el fin de aquella conversación con su primo, y le dijo:

—Marido: debíamos partir a las dos para Madrid, pero quiero cambiar de itinerario.

II

En la parroquia de F..., a diez minutos, poco más o menos, de la estación del ferrocarril, se abriga bajo un bosque de encinas la granja de los Morales.

Era de noche: una de esas hermosas noches de estío, perfumadas con los tibios aromas del heno recién cortado. Hacía poco tiempo que habían dado las siete en el campanario de la aldea, y las últimas campanadas del *Angelus* vibraban todavía en el soto. En el horizonte, enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, caprichosas nubes de variados colores subían lentamente. Todo respiraba calma y felicidad.

En el umbral de la puerta de la granja, una criada, envejecida en el servicio, preparaba las legumbres para el día siguiente. En una habitación, pobremente amueblada, pero limpia, se hallaban los dos esposos.

El era un hermoso anciano, lleno todavía de garbo y de vida; ella, decaída y encorvada por los años, tenía los ojos enrojecidos de llorar. ¡Ah! ¡Cuánto había llorado aquel día la pobre madre! Su marido la miraba compasivamente; pero en su rostro se notaba más irritación que dolor.

—¡Céa ya de llorar, María! Vas a enfermar.... y por un ingrato, por un mal hijo.... Me causa pena verte así, y si no fuera porque el temor de Dios me retiene, maldeciría....

—¡Basta, Juan, basta, te lo ruego! No toda la falta es suya. Si le hubiésemos conservado cerca de nosotros, nos hubiera traído una buena hija, que hubiese cuidado de nosotros en la vejez. Pero hemos hecho de él un señorito.... y bien caro lo estamos pagando. Nuestra nuera es una señorita, que no ha puesto nunca los pies en una granja. ¡Tendría vergüenza de nosotros: más vale no verla nunca! ¡Si siquiera le hiciese feliz....! Virgen santa, mucho he rogado por ella, aunque es la causa de la ingratitud de Pedro.

—¡Sí, ingrato—asintió el anciano,—ingrato es el que se avergüenza de sus padres! Sin embargo, somos tan honrados como los que habitan en las ciudades. Según su carta, el señorito Pedro cree que haremos mejor absteniéndonos de aparecer delante de ellos. La señora está acostumbrada al gran mundo, y no sabríamos hablarla en su aristocrático lenguaje. Cuando pienso en eso, María...

—¡Cálmate, Juan, haz como yo, perdón! Algún día llegará en que él y su mujer, cuando sea madre, comprenderán mejor sus deberes para con nosotros. ¡He rogado tanto con esa intención....! ¿Pero qué es esto que se oye?... ¡Jesús!....

La criada lanza una exclamación, se oyen pasos precipitados, la puerta se abre de par en par, y una hermosa joven muy pálida, entra en la habitación, seguida de un hombre con la frente inclinada como un culpable.

Con una rápida mirada inspecciona la pobre habitación, los ancianos, que a su entrada se han puesto en pie con un ansioso estupor, y después con un gesto firme, pero dulce, atrae a su compañero, y poniéndose humildemente de rodillas, murmura:

—Padres, bendigan ustedes a sus hijos.

Y Pedro añade esa palabra *perdón*, que alegra hasta el corazón del Padre celestial.

La emoción de los padres llegó al colmo. Al fin, levantando sus manos en actitud de bendecir, sobre las cabezas inclinadas, el padre de la familia dijo solemnemente:

—Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo os bendiga a vosotros y a vuestros hijos.... Y tú, hija mía, tú que nos has traído al hijo que creíamos perdido, seas bien venida y déjame abrazarte.

Andrea se echó en los brazos del anciano; después, apoyando su blonda cabeza en el hombro de la madre, que había levantado a Pedro de su humilde posición, la dijo cariñosamente :

— ¿ No es verdad, querida madre, que querrás mucho a tu hija Andrea ?

— Sí—respondió la anciana, con una expresión de triunfante alegría—Te amo, hija mía, porque tienes buen corazón. ¡ Que la santa Virgen sea bendita, pues ha enjugado nuestras lágrimas !

Este fue, según nos dijo Andrea más tarde, el momento más feliz de su vida.

X.

EL ARBOL SECO

Rígido, en medio a la explanada escueta,
Del silencio cercado y del olvido,
Sin flores y sin hojas, sin un nido,
Yergue un tronco agostado su silueta.

Desgarradura aquí, y allí una grieta....
¿ Es de frondoso bosque fenecido
El postrimero vástago ? ¿ O herido
Del rayo fué por la mortal saeta ?

¡ Cuánta feliz memoria, y cuánta triste,
En torno a la armazón vetusta y blanca,
Dormitan en tranquilo apartamiento !

De pronto al leño venerable embiste
Traviesa brisa que al pasar le arranca
Del roto pecho hondísimo lamento.

Agosto de 1912

F. M. RENGIFO



Archivo
Histórico